

Cuadernos del Sur

Año 18 - N° 34

Noviembre de 2002

NUEVAS DIRECCIONES

www.cuadernosdelsur.org.ar
info@cuadernosdelsur.org.ar

Tierra  fuego
del

Radiografía de los Movimientos de Trabajadores Desocupados

Un enfoque antropológico

Pablo Perazzi

Las «visiones espasmódicas» dominan el discurso sobre los orígenes y el desarrollo del movimiento piquetero. El historiador marxista Edward P. Thompson¹ solía advertir de los disparates cometidos en los análisis de los mal llamados “motines de subsistencia”, y demostraba que las versiones abreviadas del hombre económico no eran —para sorpresa de muchos— propiedad exclusiva de los intelectuales de derecha. La izquierda —o, para ser honestos, una parte de ella— suscribió durante décadas a las tesis del pontífice máximo de la escuela espasmódica, Walt Wilthman Rostow, una figura no precisamente enrolada en las corrientes emancipatorias. El principal mérito de Rostow fue haber elaborado, allá por 1948, su famoso “gráfico de la tensión social”: no hay más que correlacionar las tasas de desempleo y el aumento de precios, para obtener una imagen acabada de la evolución de los disturbios sociales. En el contexto rioplatense, los más

fielēs exponentes del modelo del Rostow se aglutinan en el inclasificable Centro de Estudios para la Nueva Mayoría. Su director, Rosendo Fraga, y su doxósofo estrella, Julio Burdman, no han cesado en su cruzada por convertir a las revueltas piqueteras en simples y espasmódicas rebeliones del estómago, a expensas de los muy democráticos *La Nación* y *La Prensa*.²

El crecimiento del desempleo y el alza en los precios no constituyen novedad en la historia del capitalismo, ni han engendrado idénticas formas de resistencia social. En ese sentido, el propósito del trabajo consiste en intentar superar, por un lado, los argumentos paternalistas que subyacen a las visiones espasmódicas de las revueltas populares, y en mostrar, por el otro, que las múltiples formas que adoptan los nuevos movimientos de masas no se relacionan en un ciento por ciento con cuestiones de naturaleza estructural. La hipótesis de la que se parte es que aunque el

desempleo y, en particular, el repliegue del Estado, han entrañado las condiciones para el surgimiento de un movimiento de las características del que se pretende examinar, su sola mención en modo alguno explica o agota los particulares rasgos del fenómeno.

1- El *piquete*: lecciones de Cutral Có

El *piquete* remite a una vieja y ya clásica modalidad de presión sindical. Consiste en obstruir el ingreso a las fábricas, paralizar la producción y, una vez transcurrido un cierto tiempo —el que se entienda necesario de modo de interrumpir el proceso y el ritmo de trabajo normales—, obtener el suficiente poder de negociación como para satisfacer los reclamos que dieron origen a la medida. La práctica tradicional del *piquete* supone como condición básica la existencia de un espacio social específico —la fábrica—, donde se originen conflictos de intereses entre sectores antagónicos. El común denominador entre quienes deciden llevar a cabo un *piquete* y quienes se oponen a él, radica en que ambos se encuentran insertos en una trama de relaciones sociales —el mercado de trabajo—, a partir de la cual definen y redefinen las estrategias de acción y asociación respectivas.

La constitución de sujetos políticos nunca adopta la forma de una construcción radicalmente nueva, si-

no que reúne lo viejo y lo nuevo en el proceso de formación. De allí que algunos investigadores hundan las cortas raíces del fenómeno piquetero en la larga historia del movimiento obrero argentino.³ Resulta conveniente, sin embargo, examinar aquellos aspectos que —siquiera en ciernes— parecen no avenirse por completo a formas de lucha tradicionales. Aunque es indudable que no hay solución de continuidad entre los “piquetes de huelga” y los “cortes de ruta”, también es cierto que los así llamados “movimientos de trabajadores desocupados” (MTD’s) vienen ensayando dinámicas de socialización política hasta ahora no muy exploradas.

Por de pronto, el *piquete* ya no representa únicamente una medida de acción directa —y, por lo tanto, de duración limitada—, sino un modo de organización relativamente estable que suele exceder la inmediatez del reclamo puntual. Los movimientos de desocupados ven en el corte de ruta un instrumento de lucha, un *medio* de presión a través del cual canalizar reivindicaciones específicas (planes “Trabajar”, bolsas de alimento, útiles escolares, ropa y calzado, etc.). La práctica del *piquete* prosigue, además, un objetivo estratégico: *visibilizar* idearios político-sociales; trasladar la realidad barrial a la geografía pública.

No hay *piquete* sino “piqueteros”, no hay medidas aisladas sino un

emergente definido que, aunque incipiente, se ha convertido en un nuevo factor de poder popular, un “movimiento” con dinámicas de organización y representación distintivas, y sus consiguientes modalidades de acción y asociación. La construcción de una “identidad piquetera” –pues en rigor de eso se trata– supuso un proceso en el que fueron articulando antiguas y nuevas experiencias de intervención política.

La denominación “piqueteros” aparece por primera vez en junio de 1996, a propósito de los sucesos de Cutral Có y Plaza Huincul. Si bien en la actualidad el término integra, con un sentido positivo, el lenguaje corriente de las organizaciones de desocupados, en aquel entonces fue utilizado por la prensa con la intención de tipificar negativamente una rebelión popular de grandes dimensiones.⁴ Se sabía, por otra parte, que se estaba frente a un acontecimiento difícilmente comparable con el ocurrido en Santiago del Estero en diciembre de 1993.

El “santiagazo” había sido protagonizado por asalariados (empleados públicos, maestros, comerciantes y pequeños productores), que se manifestaron en rechazo de la llamada “ley ómnibus”, un proyecto que preveía recortes salariales y despidos masivos en el Estado y que dejaba al sector privado al borde del colapso. El desempleo no representaba todavía un problema estructural.⁵ En Cu-

tral Có la situación fue distinta: el desempleo alcanzaba los 20 puntos, un 15% de la población no lograba satisfacer sus necesidades básicas, había concluido el *boom* de consumo generado por el pago de indemnizaciones, y se había abortado, a partir de 1991 con la privatización de YPF, una cultura de años.

En ese contexto, la práctica del *piquete*, aunque todavía en su molde tradicional, contuvo en estado embrionario el sentido que solidificará en los próximos años. Los manifestantes debatieron en “asambleas populares” los términos de la negociación con el gobierno provincial, encabezado por el inefable Felipe Sapag, quien sufrió la peor humillación en sus 33 años de administración. Ante tamaña protesta, la jueza federal Margarita Gudiño de Argüelles no tuvo más remedio que declararse incompetente: “Esto es un virtual alzamiento del pueblo contra el gobierno de la provincia, es más que sedición. Yo no tengo competencia sobre esto”,⁶ declaró. Las “asambleas” se llevaron a cabo en Puesto Torre, obstaculizando el ingreso y el egreso de camiones de la refinería, circunstancia que se repetirá en regiones centralmente ligadas a la explotación petroquímica.⁷

Ya no se trataba de una “estallido espontáneo” –si es que tal cosa existiese– sino de un modelo de protesta diferente, que volverá a activarse en el mismo lugar en abril de 1997. Esa fue

la razón por la que la prensa, al tanto de que se asistía al nacimiento de una nueva forma de lucha, decidió retirar la denominación original e imponer la de “fogoneros”. La palabra “fogoneros” no hace otra cosa que “folklorizar” –por así decir– un hecho eminentemente político, relacionar a los sectores en conflicto con cuestiones toponímicas y ancestrales: *kütral ko* es un sintagma de raíz mapuche que significa “agua de fuego” (petróleo).

No es casual que el origen de la revuelta –y menos aun del movimiento piquetero– se vincule en forma estrecha con el problema petrolquímico. El general Enrique Mosconi había presagiado sesenta años antes que la concesión de las riquezas subterráneas a empresas extranjeras iba a constituir “el germen de graves perturbaciones de orden económico y social”.⁸ El petróleo invoca una de las más consistentes experiencias de organización social, una obra de ingeniería humana montada y sostenida por el Estado por encima de los recambios gubernamentales. Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) remite a la colonización de territorios hasta entonces poco habitados, a la creación de ciudades, al acceso a beneficios sociales, un salario digno y una vivienda confortable, a la idea de ascenso social, un futuro previsible y una jubilación decente. Constituye, en definitiva, todo un estilo de vida. Cuando una cuadrilla daba con un yacimiento se abrían enormes expec-

tativas; estaba preanunciando el embrión de una nueva ciudad y la reproducción del ansiado estilo de vida. En su mejor época, YPF llegó a emplear a 100.000 operarios. Cada *ypefiano* –así se autodenominaban– podía alcanzar una cobertura social integral, que incluía desde útiles escolares hasta una chequera de viajes. Las ciudades se nutrían de centros comerciales, lugares de esparcimiento, cinematógrafos, clubes deportivos, transportes públicos, fuerzas de seguridad, hospitales, parroquias, etc.. Incluso en algunas (p. e. Plaza Huincul) existían “casas de citas” para satisfacer –según argumentaran las autoridades– las “necesidades” de los obreros solteros.⁹ Como la ubicación de los principales yacimientos coincidía con sitios de frontera, las ciudades cumplían una triple función: agrandar las arcas públicas, generar dispositivos sociales de organización burocrático-militar, y sustituir a los fortines, que hasta ese momento habían ejercido la custodia de las fronteras, por conglomerados sociales autosuficientes. A través de YPF el Estado no sólo inscribía en el cuerpo social las claves de la Nación, sino que transfería a los operarios una disciplina rígida y “las virtudes del soldado”.¹⁰

Un trabajador no calificado que había ingresado a la empresa en condición de obrero raso, sabía que si cumplía al pie de la letra con la rutina de trabajo podía obtener un aumento

salarial o un ascenso de categoría. La política de rotación y traslados llevaba a un mismo empleado a recorrer, en el transcurso de una vida, más de un centro de explotación, pasando del frío polar de Comodoro Rivadavia al calor tropical de General Mosconi, adquiriendo un conocimiento vasto de la geografía nacional. Concluido el ciclo, se le garantizaba una jubilación holgada y la participación en las ganancias de la empresa.

El Estado funcionaba, además, como una máquina expendedora de familias petroleras: los *ypefianos* transferían a los hijos la disciplina de la que ellos mismos habían sido objeto. Aunque durante la gestión de Mosconi la actividad sindical fue celosamente reprimida, acusando de “agitadores” a quienes osaban hablar de paros y huelgas, y llegando incluso a destruir a la efímera Federación de Obreros Petroleros y a establecer la ley marcial, lo cierto es que a partir de 1946, con la creación del Sindicato Unidos Petroleros del Estado, se comenzó a fortalecer el tejido gremial y a cultivar una sólida conciencia obrera.¹¹

La privatización de YPF, además de acarrear —como presagiara Mosconi— “graves perturbaciones de orden económico y social”, aniquiló la capacidad reproductiva de todo un estilo de vida y extinguió el principio de cooperación antagónica que regulaba la relación entre la conducción burocrático-militar y el ejército *ypefianos*. El desempleo era, por así decir, el

menor de los males posibles. La mayor desgracia tenía que ver con la disolución de un sistema de organización integral, un auténtico microcosmos social. El mismo no sólo había dotado de sentido a la vida, sino además inculcado férreos mecanismos de subordinación. Sin ellos se desmembraba una cultura de años.

2- Miradas sobre el poder: organizaciones, posicionamientos, encuadres

Los primeros piquetes se produjeron, como se dijo, en lugares distantes en cientos de kilómetros de la ciudad de Buenos Aires y de los principales centros urbanos. El movimiento creció en volumen y fuerza a través de una dinámica de acción centrípeta (de la periferia al centro) y no —como cabría suponer— de acción centrífuga (del centro a la periferia). Uno de los tantos errores en los que suele incurrir un cierto frente de análisis es el de confundir al *piquete* con un aséptico “corte de ruta”. Si bien es verdad que la forma que adopta el primero no se corresponde en un ciento por ciento con el modelo clásico, su reemplazo por el concepto de “corte de ruta” no sólo no resuelve el problema, sino que lo sumerge en un océano de imprecisiones. El procedimiento consiste en lo siguiente: asirse del término “corte de ruta” para intentar demostrar, cuadros estadísticos mediante, que los asalariados *in latu sensu* continúan

siendo los principales referentes de la protesta social. Caben, pues, algunas reflexiones.

En primer lugar, el intérprete no puede menos que interrogarse acerca de a quiénes se incluye, como contendientes intelectuales, en dicha premisa. La respuesta no es difícil de imaginar: a aquellos que, desde los claustros, pregonan, munidos de la ficción del “fin de la historia”, la desaparición de la clase obrera. Aunque esta cruzada en defensa del trabajador asalariado despierta mayores simpatías que la de sus oponentes, tropieza no obstante con las limitaciones de su más fiel herramienta de análisis: la estadística. Para el caso, los teóricos del “fin de la historia” también se valen de sesudos informes sociográficos para “demostrar” el supuesto repliegue de la clase obrera. Constituye, en efecto, una discusión estéril: ninguna correlación de fuerzas se define —que se sepa— en términos cuantitativos. El problema es mucho más complejo de lo que parece a primera vista.

En segundo lugar, la premisa tiende a colocar entre paréntesis a aquello que, a todas luces, representa la más novedosa forma de lucha que se haya gestado en la Argentina en los últimos años: las organizaciones territoriales y de desocupados. En la medida en que el “corte de ruta” involucra a un conjunto indeterminado de sujetos sociales (estudiantes, empleados públicos, jubilados, mi-

norías sexuales y étnicas, ahorristas, desempleados, vecinos, villeros, etc.), los MTD's terminan desdibujándose en una compleja trama formada por compartimentos, columnas, números y cálculos de la más variada naturaleza.

En tercer lugar, hay quienes dicen, tal vez intentando congraciarse con algunos sectores en lucha, que el “corte de ruta” se ha convertido en la *nueva* forma de resistencia. Pero lo cierto es que desde las huelgas de los obreros egipcios en reclamo de mejores condiciones de trabajo durante la construcción de las pirámides que se viene apelando a la interrupción de caminos como señal de protesta. Si hay algo que nada tiene de novedoso, eso es el “corte de ruta”. ¿Por qué tantos reparos en llamar a las cosas por su nombre? ¿Cuáles son, pues, las diferencias entre el “corte de ruta” y los piquetes de los MTD's?

El *piquete* supone la interrupción de la circulación y la ocupación efectiva del territorio. No se trata, sin embargo, de un espacio físico cualquiera, sino de rutas provinciales y nacionales, es decir, de las arterias de circulación económica. Dicho de otra manera, es el flujo de la Nación el que resulta interrumpido. Los piquetes involucran una pluralidad de factores, una mixtura que supera con creces la imagen remañida difundida por los medios. Cutral C6 fue, en ese sentido, un laboratorio de futuras exploraciones.

En noviembre de 2000 tiene sede en distintos puntos del conurbano el primer *piquete* en escala.¹² La medida colocó al movimiento en el centro de la escena pública, posicionándolo como un nuevo sujeto político. Los medios focalizaron la mirada en La Matanza (ruta 3, kilómetro 22, a la altura de Isidro Casanova) e invisibilizaron —o no creyeron trascendente— lo que, al propio tiempo, estaba ocurriendo en los partidos de Almirante Brown y Quilmes, donde distintos MTD's articularon una serie de actividades, con independencia de las resoluciones adoptadas por los dirigentes de la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) y la Corriente Clasista y Combativa (CCC).¹³

Los hechos constituyeron, no obstante, una acción de masas sin precedentes, en la medida en que: a) fueron concebidos por sus protagonistas como una medida legítima, y b) los intereses aglutinantes se definieron en oposición al orden político y social existente y se canalizaron por vías no institucionalizadas. Las mujeres y hombres que, durante seis jornadas completas, acamparon a ambos lados de la ruta, entendían estar defendiendo derechos inalienables: trabajo, salud, vivienda y educación. La sordera oficial y las sistemáticas violaciones a derechos adquiridos, llevaron a adoptar medidas de acción directa ("piquetes") consideradas delitos federales.

Las acciones de masas presentan,

empero, múltiples facetas. Lo que diferencia a los piqueteros de otros movimientos sociales es la manera en que, entre otras cosas, conceptualizan y hacen uso del territorio. Pero este tópico también plantea divergencias: no todas las organizaciones entienden o se apropian del territorio de la misma forma. Hay organizaciones que, debido a una particular historia de construcción política, centraron su accionar en la ocupación de tierras fiscales, el establecimiento de alianzas con otros sectores y la conformación de una fuerza multisectorial: FTV-CTA y CCC. Otras, en cambio, entienden que el pasaje de la fábrica al barrio no es más que una etapa transitoria —una limitación impuesta por el crecimiento del desempleo y el alejamiento de la dirigencia sindical de las bases obreras— en la que deben gestarse condiciones de lucha que coaccionen en favor de un retorno a las plantas industriales, pero bajo el control de los trabajadores: Polo Obrero (PO), Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), Federación de Trabajadores Combativos (FTV), Coordinadora de Unidad Barrial (CUBA) y Movimiento Territorial de Liberación (MTL). Estas últimas conforman el denominado Bloque Piquetero Nacional (BPN). Por último, organizaciones que, siendo conscientes de la distancia que las separa de constituir una alternativa real de poder, ligan un proyecto de clase —en un sentido am-

plio, que incluye a todos los sectores del campo popular— a una construcción territorial capaz de rescatar los valores del mundo del trabajo, pero cuya aspiración de máxima —esto es, a largo plazo— consiste en romper con el patrón de acumulación capitalista y sus coletazos culturales: Coordinadora de Trabajadores Desocupados “Aníbal Verón” (CTD-AV).

Aunque sus dirigentes se empeñen en sostener lo contrario —y a menudo sobreactúen diferencias—, los principales movimientos piqueteros (FTV-CTA, CCC y PO) comparten muchas más cosas de las que sus jefaturas imaginan.¹⁴ Por de pronto, visibilizan a la conducción,¹⁵ tienen simpatías por tal o cual partido político,¹⁶ identifican figuras de los gobiernos municipal, provincial o federal con las cuales negociar,¹⁷ admiten la posibilidad de intervenir en reyertas electorales y reconocen antecedentes de organización de base sindical-combativa.

Mientras se desarrollaba una de las más importantes acciones de masas de las últimas décadas,¹⁸ convocada por MTD's de todo el país, se produjo un hecho confuso que derivó en acusaciones cruzadas, rupturas y reposicionamientos políticos. Militantes del MTR, a quienes se les adeudaba el pago de los planes de asistencia, no acataron las resoluciones de la Primera Asamblea Nacional de Organizaciones Populares, Territoriales y de Desocupados (julio de 2001)

—dejar caminos alternativos y evitar situaciones de violencia—, y ocuparon una sucursal del Banco Provincia (Florencio Varela) y a la semana siguiente la sede del Ministerio de Trabajo provincial (La Plata). Alrededor de 50 militantes, incluido Roberto Martino —principal dirigente del MTR—, fueron detenidos. La conducción de la FTV-CTA no tuvo mejor idea que, metamorfoseándose con el discurso oficial, acusar a Martino de estar trabajando para los servicios de inteligencia.

Desde entonces las divisiones se han vuelto inconciliables, impidiendo la planificación de programas de lucha progresivos.¹⁹ Esta circunstancia da cuenta del estado embrionario en el que se encuentran algunas organizaciones y el marcado retroceso que evidencian otras. No se ha hecho más que circunscribir el debate a planteos dicotómicos y de muy escasa relevancia: “reformistas” vs. “revolucionarios”; “cortes parciales” vs. “cortes totales”, “menos violentos” vs. “más violentos”.

Las trayectorias políticas de Luis D'Elía (FTV-CTA) y Juan Carlos Alderete (CCC) encarnan *grosso modo* los perfiles típicos de la dirigencia piquetera: a) dirigentes de base social-territorial, y b) dirigentes de base político-sindical.²⁰ D'Elía recibió una formación salesiana y se conectó, de joven, con las comunidades cristianas de base de las villas de La Matanza, donde vivía y trabajaba como maestro. A me-

diados de los ochenta integró un movimiento de ocupación territorial. Las condiciones de vida en el campamento de El Tambo y la negativa de las autoridades a conceder créditos accesibles para la compra de tierras, se volvieron un verdadero calvario. Cuando estaba a punto de desistir ocurrió un hecho desgraciado que torcerá su destino. La líder de la toma, una mujer madre de 12 hijos, fue asesinada durante un intento de desalojo. Fue así como D'Elía decidió involucrarse por completo en el movimiento. Se crea, entonces, la cooperativa "Unidad, Solidaridad y Organización", eje de la transformación del asentamiento en barrio. A finales de los ochenta conoce al dirigente demo-cristiano Carlos Auyero. Durante la gobernación de Cafiero es designado consejero general de educación. En 1995, "Chacho" Álvarez lo convence de sumarse al Frente Grande y, tras una dura interna con Mary Sánchez, obtiene en 1997 una vacante como concejal en La Matanza. Al año siguiente, como referente de la Federación de Trabajadores por la Tierra e imbuido de las ideas del líder del Movimiento de los sin Tierra João Stédile, reúne el apoyo de dirigentes agrarios y religiosos e instala el debate sobre expropiación y toma de tierras. La discusión generó la rápida reacción del presidente de la Sociedad Rural Argentina, Enrique Crotto, quien instigó a las autoridades a reprimir sin miramientos las ocupaciones ilegales.²¹

Alderete proviene de una familia de militantes sindicales salteños. Su padre fue dirigente de la CGT hasta 1955, año en que termina tras las rejas por decisión del gobierno militar. Alderete incursiona en el sindicalismo como delegado de la empresa Argenlac, conocida por haber reemplazado el envase de vidrio por el sachet de plástico. Durante la dictadura fue perseguido y detenido bajo el cargo de tentativa de secuestro del presidente de la Ford. Desde 1978 hasta 1981 estuvo preso en la cárcel de Caseros. En 1983 recalca en el asentamiento Santa Elena (La Matanza), donde participa en tomas de tierras y en la creación de barrios y cooperativas. Atraído por la intransigencia del dirigente de los municipales Carlos "Perro" Santillán, viaja a la provincia de Jujuy e integra el núcleo fundacional de la CCC. Así resuelven de común acuerdo ampliar la organización y dividir tareas: Santillán iba a conservar el liderazgo sobre los gremios enrolados en la Corriente y Alderete se aventurará a formar una fuerza nacional con las masas de desocupados.

3- Un caso aparte: la Coordinadora de Trabajadores Desocupados "Aníbal Verón"

En su corta historia, la CTD-AV ha conseguido lo que diversas organizaciones, desde hace muchísimo tiempo, vienen intentando con mediana o

escasa fortuna: discutir el *poder* en sus múltiples dimensiones. Mientras los intelectuales se devanan los sesos tratando de explicar la realidad argentina de la última década –aferrados, en la mayoría de los casos, a un arsenal conceptual deficiente e incapaz de autorregenerarse–, un puñado de discolos militantes de una no menos discolta “turba” de desocupados pone el grito en el cielo y exhorta: el mundo es más complejo de lo que parece. La CTD-AV era considerada, hasta hace algunos meses, poco más que la reencarnación del socialismo utópico de Fourier o una versión caricaturesca de *Utopía* de Moro. La “masacre de Avellaneda”, a la que un grupo de avezados doxósofos basados en “complejas” prognosis (p.e., el gobierno de transición no querrá cargar con la responsabilidad de episodios represivos) creía francamente improbable, tuvo el triste mérito de enrostrar a quienes sólo entienden de números aquello que el sociólogo Wright Mills denominó “fetichismo del concepto”, a saber: a) que el método determina el problema, y b) que ello imposibilita un descenso a los hechos.²²

Una cantidad importante de analistas de izquierda que sigue invocando, con sobradas y científicas razones, a la lucha de clases como motor de la historia, suele impugnar –más por elevación y comodidad intelectual que por un conocimiento real de problema– el ideario político de la CTD-AV, por concebirlo sujeto a la impro-

cedente máxima de John Holloway acerca de «cómo cambiar el mundo sin tomar el poder». Pero el asunto es, nuevamente, mucho más complejo de lo que parece.

La CTD-AV se conforma en agosto de 2001 como alternativa política a la dirigencia de La Matanza. Aunque los MTD's que pasarán a integrar la Coordinadora nunca mostraron demasiadas simpatías por los líderes de la FTV-CTA y la CCC, hubo un hecho –ya mencionado páginas arriba– que profundizó diferencias y precipitó la emergencia del nuevo frente piquetero (las declaraciones públicas sobre el supuesto protagonismo de servicios de inteligencia en las tomas del Banco Provincia y el Ministerio de Trabajo). La Coordinadora, para la que el desprocesamiento y la liberación de los “presos por luchar” constituyen principios inalienables, señaló que sus diferencias con la dirigencia de La Matanza en modo alguno involucraba a las bases. Las políticas que desde entonces viene fogueando la conducción de la FTV-CTA y la CCC, cuyos objetivos centrales consisten en ganar –a cualquier precio– el apoyo de los siempre vacilantes sectores medios, no sólo les ha costado asumir una posición más que frágil respecto de acontecimientos de la magnitud de los de diciembre, sino que, por si fuera poco, han provocado fricciones internas e incluso algunas rupturas.²³

Los MTD's que actualmente cons-

tituyen la Coordinadora surgieron en 1997, en simultáneo con la segunda revuelta en Cutral C6 y las primeras puebladas en Tartagal, Mosconi y General San Martín. No es un capricho, en ese sentido, que hayan bautizado a la organización con el nombre del colectivo desocupado Aníbal Ver6n, asesinado en noviembre de 2000 mientras participaba en un *piquete* en la ruta nacional 34 a la altura de General Mosconi. Tampoco es un capricho que se hayan apropiado de los valores cultivados por las mujeres y hombres que mantuvieron en aquella ciudad, resistiendo los vejámenes de las fuerzas de seguridad, una llamada “Plaza del Aguante”. Y menos aún que muchos de los que protagonizaron aquellos episodios sean miembros de familias de ex trabajadores petroleros y todavía conserven, como ocurre con integrantes de la Coordinadora, “pedidos de captura por sedici6n”. La independencia de jefaturas políticas, interlocutores, partidos y sindicatos, y la cotidiana práctica de la democracia directa –constantemente dolores de cabeza de punteros y dirigentes– los han vuelto objeto de los mayores y más crudos ensañamientos represivos. A pesar de ser organizaciones numéricamente reducidas –por comparación con la FTV-CTA, la CCC y el BPN–, cuentan con el triste récord en cantidad de víctimas.²⁴

Si bien resulta difícil imaginar una transformación en escala sin tomar el poder –sea por asalto o por vías insti-

tucionalizadas–, mucho más difícil resulta imaginar que un cambio semejante pueda concretarse sin generar condiciones para una verdadera revolución cultural y de las costumbres. Las izquierdas tradicionales suelen decir, con mucha razón, que en la medida en que el hambre se cierna sobre el pueblo no habrá otro remedio que establecer un orden de prioridades. Pero ni el hambre se resuelve con expresiones de deseos ni los cambios se construyen o sostienen en base a un índice temático. El problema es –ya se dijo– mucho más complejo de lo que parece a primera vista.

La CTD-AV entiende que no sólo es posible sino también necesario unir sus modos de autoorganización con programáticas a largo plazo. Los talleres productivos (panaderías, fábricas de indumentaria, huertas, carpinterías, bloqueras, etc.)²⁵ deben complementarse con talleres de formación política y de educación popular. La formación ocupa, pues, un lugar central. Allí se debaten los principios organizativos básicos: horizontalidad, autonomía, participación y democracia directa. La “autonomía” no es sinónimo de “independencia” del Estado y sus instituciones (partidos, sindicatos, iglesia), sino la construcción horizontal de un proyecto de clase. El concepto es sencillo: “lo que genera conciencia –señalaba Carlos Olmedo– no es la miseria, sino la comprensión de que

es injusta".²⁶ Y ello insinúa, mal que pese a improvisados y paternalistas, años de esfuerzo y de trabajo diario.

La sociedad argentina asiste, se sabe, a un momento histórico sin precedentes, para el que se requiere, al mismo tiempo, pasión e inteligencia. Las grandes estructuras piqueteras, a las que parecen urgir los tiempos electorales, se enfrentan entre sí con el único propósito de sumar adhesiones de los sectores medios, como si con ello bastara para consolidar una alternativa de cambio. Más allá de sus diferencias en cuanto a criterios y trayectorias, dan la impresión de no aspirar a otra cosa más que a la conformación de fuerzas políticas, fuerzas apenas capaces de disputar espacios de poder en las muy devaluadas instituciones públicas, sin mediar debates ideológicos en los que se deslice –siquiera en forma remota– la posibilidad de cimentar auténticos frentes sobre la base de acuerdos surgidos en el seno de los movimientos. La suerte está echada. ¿No será hora de tomarlos las cosas en serio?

Notas

¹ Edward P. Thompson, "La economía «moral» de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII" en: *Costumbres en común*, Barcelona, Grijalbo, 1998, pp. 213-293.

² "El fenómeno piquetero se ha ido desarrollando en forma paralela al crecimiento del desempleo como fenómeno social", Rosendo Fraga, "El fenómeno piquetero creció

con el desempleo", *La Nación*, 28 de junio de 2002. "Las condiciones socioeconómicas son la causa principal del fenómeno [piquetero] y el camino de su disolución", Julio Burdman, "Origen y evolución de los piqueteros", *La Prensa*, 3 de abril 2002.

³ Nicolás Iñigo Carrera, "Más de 100 años de historia", *Clarín*, 1º de septiembre de 2002.

⁴ Según el diario *Clarín* del 26 de junio de 1996 unas 20.000 personas tomaron las rutas nacional 22 y provincial 17, sobre un total de 45.000 habitantes.

⁵ En el Censo de 1991 aparece una desocupación urbana cercana a los cuatro puntos.

⁶ *Clarín*, 26 de junio de 1996.

⁷ En mayo de 2000 y junio de 2001 en los accesos a la empresas Tecpetrol y Refinor en General Mosconi (Prov. de Salta), en febrero de 2002 en destilerías de Dock Sud (Prov. de Buenos Aires) y en agosto último en la planta de Repsol-YPF de la localidad de Las Heras (Prov. de Santa Cruz).

⁸ Enrique Mosconi en: Mario Wainfeld, "¿Qué quiere decir Mosconi?", *Página 12*, 24 de junio de 2001.

⁹ Enrique Mases y Rafart G. "Entre Bismarck y Beveridge. Los inicios de las políticas de bienestar en la Argentina: el caso de YPF, 1922-1946", *Realidad Económica*, Nº 149, julio-agosto 1997, p. 109.

¹⁰ *Idem*, p. 103.

¹¹ *Idem*, pp. 109-111.

¹² Entre diciembre de 1997 y enero de 1998 se presentó una situación semejante en la ruta 36, en la localidad de Bosques, donde un centenar de desocupados mantuvo un piquete durante una semana en reclamo de fuentes de trabajo.

¹³ "A un año del primer piquete", documento inédito del MTD "Darío Santillán" de Almirante Brown, s/f.

¹⁴ Representan organizaciones numérica y territorialmente importantes. La FTV-CTA y la CCC administran alrededor de 90.000 planes de asistencia sobre un total de 130.000 mili-

tantes, y tienen influencia en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Formosa, Santiago del Estero, Córdoba, Jujuy, Tucumán, Chaco, Salta y Chubut. El PO administra alrededor de 15.000 planes sobre un total de 25.000 militantes, y tiene influencia permanente en la Capital Federal, Florencio Varela, Quilmes, Lanús, Avellaneda, San Martín, Berazategui y La Plata, y una influencia en crecimiento en algunas provincias del interior del país.

¹⁵ Luis D'Elía, Juan Carlos Alderete y Néstor Pitrola.

¹⁶ Frepaso, Frente para el Cambio, Partido Comunista Revolucionario y Partido Obrero.

¹⁷ Por mencionar sólo a algunas: el intendente de La Matanza Alberto Balestrini, el efímero presidente Adolfo Rodríguez Súa, el ex secretario general de la Presidencia Aníbal Fernández, la ministra de Trabajo Graciela Camaño y la ministra de Desarrollo Social Nélida Dogo.

¹⁸ Comparable, quizá, con la que organizaron las tres centrales sindicales en noviembre de 2000, en repudio a la represión perpetrada en la provincia de Salta que le costó la vida al piquetero Aníbal Verón. Consistió en una huelga general de 36 horas con movilizaciones en todo el país. A pesar de las amenazas del gobierno, la medida fue un éxito completo: unas 250.000 personas participaron de las protestas, "algo que -según el periodista Horacio Verbitsky- no ocurría desde hace décadas". *Página 12*, 26 de noviembre de 2000.

¹⁹ Algo semejante ocurrió el 19 y 20 de diciembre (2001) y el 26 de junio (2002), en la "masacre de Avellaneda".

²⁰ Luis Bruschtein "Las vidas paralelas de los líderes piqueteros", *Página 12*, 25 de julio de 2001.

²¹ *Página 12*, 8 de septiembre de 1998.

²² Wright Mills, G., *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1979, cap. III, pp. 68-92.

²³ Un sector importante del Movimiento Barrios de Pie se alejó de la FTV. La CTA enfrenta, por su lado, serios problemas con parte de la Juventud.

²⁴ Teresa Rodríguez en Cutral Có; Aníbal Verón, Carlos "Charly" Santillán y José Oscar Barrios en General Mosconi; Hugo Barriónuevo, Darío Santillán y Maximiliano Costeki de los MTD's de provincia de Buenos Aires.

²⁵ En la panadería del MTD de Solano trabajan unas 20 personas, en turnos que cubren las 24 horas. En una jornada exitosa pueden llegar a producir unos 200 kgs. de pan. El pan se distribuye en los comedores comunitarios; cuando sobra se vende a un peso el kilo. En la bloquera del MTD del barrio La Fe (Lanús) trabajan unas 30 personas. En 48 horas (una "tanda") el obrador puede producir hasta 200 bloques, cantidad suficiente para levantar las cuatro paredes de un cuarto de mediano tamaño. Laura Vales, "Autogestión", *Página 12*, 2 de junio de 2002.

²⁶ Carlos Olmedo, citado en: "A un año del primer piquete", documento del MTD "Darío Santillán" de Almirante Brown, s/f.

dialéctica

Revista de Filosofía y Teoría Social